
Capítulo XII.

Aclaraciones.

Bartolomé llegó en ocasión en que su hermano Cristóbal estaba fuera, y se enteró por Diego de la aflictiva situación en que estaban todos.

Su llegada fué saludada con entusiasmo por los colonos, que ya tocaban el fin de sus provisiones, y se sorprendieron agradablemente al ver los ánimos que llevaba Bartolomé y el entusiasmo que había comunicado á todos.

El padre Las Casas, de quien á su tiempo me ocuparé, ha trazado en breves líneas el retrato de Bartolomé Colon, y como aquel fué contemporáneo suyo, creo que nada puede dar una idea tan exacta del original como las breves pinceladas del historiador á que me refiero.

Era, dice, perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del almirante, á quien era igual en conocimientos científicos y le excedía en el manejo de la pluma.

Sabia el latin, si bien parece que, como su hermano, debía más bien sus conocimientos á su natural penetración, asiduo estudio y propia experiencia que á una educación esmerada.

Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, poco ménos entusiasta y de imaginación más fría, le aventajaba en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, comprendía mejor sus intereses, y poseía en más alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos de la vida.

Conocedor Cristóbal de las cualidades de su hermano, viéndose agobiado por la enfermedad, y deseoso de emplear las fuerzas que le enviaban para acelerar el desempeño de su misión, considerándose autorizado por los artículos del pacto que había hecho con los soberanos, nombró á Bartolomé adelantado ó gobernador militar ó político de la colonia.

La energía, la severidad, la rudeza hasta cierto punto de Bartolomé, debían ser á su hermano de gran utilidad, puesto que su excesiva bondad había sido causa de que se relajara la disciplina, y sobre todo de que los colonos, desobedeciendo sus órdenes, durante su ausencia promoviesen discordias y alteraran el orden y la tranquilidad.

Con Bartolomé fué en una de las carabelas á la colonia un emisario de Fonseca.

Llevaba órdenes secretas para el padre Boil en contestacion á las noticias que este eclesiástico habia enviado al obispo Fonseca, y no tardaron en ponerse los dos de acuerdo.

Antes de conocer la intriga que dió por resultado la evasion de Margarite, del padre Boil y de otros varios colonos; antes de conocer la dolorosa impresion que este suceso produjo en el ánimo del almirante y las medidas que tomó en su vista, vamos á ver qué uso habian hecho de los poderes que habia recibido de Colon, Margarite y Ojeda, y la actitud en que estaban los indios.

Al confiar el mando de las tropas á Margarite, le habia dicho Colon que su único deseo era que recorriese militarmente los departamentos de la isla, tratando á sus habitantes con la mayor benevolencia, con el doble objeto de hacer ostentacion de los elementos que tenia para combatirlos y de la actitud benévola que hacía por ellos observaba.

Ya he dicho en otra ocasion que la isla de Haití, ó como la llamó Colon, la Española, estaba dividida en cinco departamentos ó estados, gobernados por caciques soberanos, cada uno de los cuales tenia como tributarios á uno ó más caciques, jefes de pueblos ó de familias.

Por más que Guacanajari fuese el rey de los reyes, el soberano absoluto de todos, el departamento más rico de la isla era aquel que ocupaba la deliciosa

llanura que Colon habia bautizado con el nombre de la Vega Real.

Guarionex era el cacique de la Vega.

Tenia por limites al Oriente las montañas del Cibao.

Era incalculable el número de habitantes que ocupaban la isla.

Pero á juzgar por lo que habian visto en el territorio de Guacanajari, por lo que habian hallado en los dominios de Guarionex, podia asegurarse que por cada español habia doscientos ó trescientos indios.

La fuerza material, por más que no contasen con armas y desconociesen la táctica de la guerra, estaba de parte de los indígenas.

Pero las armas de fuego, y sobre todo los caballos, producian un terror tan grande en los indios, que media docena de ginetes y un disparo de los arcabuceros bastaba para poner fuga al ejército más numeroso.

No queria, sin embargo, Colon romper las hostilidades con aquella gente.

Por desgracia, sus lugartenientes, no apadrinando su política, y queriendo discutir con él, en todo estaban resueltos á tratar á los indios, más que como conquistadores, como acérrimos enemigos.

Alonso de Ojeda llegó con las instrucciones de Colon al fuerte de Santo Domingo, se quedó en él, y Margarite comenzó su paseo militar al mando de la mayor parte de las fuerzas.

Pero en vez de explorar desde luego, como se le

había mandado, las conocidas montañas del Cibao, bajo con sus soldados á la Vega, cuyo delicioso aspecto le encantaba.

Aquel acto bastó para destruir la disciplina del ejército.

Todos los soldados sabían que los deseos de Colón eran que reconociese el Cibao.

Al ver que su capitán desobedecía aquella orden, les pareció sin duda lógico desobedecer á su vez al capitán.

Cayendo sobre las chozas de los indios, apoderándose á viva fuerza de los víveres que tenían, ultrajando á sus esposas y á sus hijas, no tardaron en convertirse en una verdadera gabilla de libertinos.

Los pacíficos habitantes de la Vega, poseídos de admiración y de miedo, soportaron al principio todos estos ultrajes.

Pero al ver que en vez de aplacarse su furia se aumentaba, al sentir los efectos de su depravación, fueron poco á poco desapareciendo de la Vega, aumentando el odio que sentían hácia aquellos hombres, que no podían ser hijos del cielo, puesto que de una manera tan inicua los trataban.

La sed de ira les impulsó á cometer crímenes espantosos.

Las noticias de estos ultrajes llegaron á la colonia regentada por Diego Colón, mientras su hermano costeaba la isla de Cuba, y de acuerdo con los individuos que formaban el gobierno, envió un despacho á Margarite, reprendiendo su conducta y

comisionándole á ejecutar la orden del almirante.

Tanto indignó al capitán de las tropas esta reconvencción, que olvidándose de la gratitud que debía al almirante como amigo, de la obediencia que le debía como jefe, contestó al consejo que era completamente dueño de obrar como obraba, y que no reconocía en él derecho para exigirle responsabilidad por su conducta.

En aquella contestación, recordando que descendía de una familia ilustre y de antiguo abolengo, pareció despreciar á los Colones, dándoles á entender que su nobleza era improvisada.

Al hablar de este modo, lo hacia envalentonado porque gran número de los hidalgos que le acompañaban, impulsados por el odio que había despertado en ellos el almirante al igualarlos á los operarios, exigiéndoles que trabajasen como ellos, se habían unido con Margarite, y estaban resueltos á sublevarse contra la autoridad, en cuanto en algo se opusiera á la satisfacción de sus pasiones.

De todos modos, ninguno de ellos quería reconocer la autoridad de Diego Colón, y continuaron acuartelados en la Vega sin poner coto á sus excesos.

Esto, unido á la ausencia del almirante, tenía al consejo en gran aprieto.

La Vega estaba ya casi desierta.

Sus habitantes habían buscado asilo en las otras regiones de la isla, donde se robustecía poco á poco el deseo de exterminar á los españoles.

El padre Boil, que estaba ya convencido de que

el proyecto que había abrigado de ser el verdadero jefe de la colonia no podría realizarle, y que por otra parte cuidaba mucho de que el éxito coronase la empresa que había ido á acometer allí, deseaba por momentos una ocasion de volver á España para demostrar á los reyes lo estéril de los gastos que ocasionaban las expediciones, y para destruir la importancia que en tan breve tiempo había adquirido Colon, satisfaciendo de este modo su amor propio, herido por las humillaciones que le había hecho soportar el almirante.

Margarite, aprovechando su proximidad á la colonia, iba á menudo á ella, y cuando esto sucedia, ni se presentaba al consejo, ni acudia á sus llamamientos; y por el contrario, se presentaba en actitud amenazadora á los que le formaban.

Diego Colon era muy débil.

Los demás que formaban con él el consejo, por deferencia á los lazos que le ligaban con el almirante, acataban en todo y por todo su voluntad.

Diego había resuelto dejar obrar á Margarite hasta que regresase su hermano.

El capitan de las tropas acantonadas en la Vega Real celebraba de cuando en cuando conferencias con el padre Boil, y éste visitaba á menudo á Bernal Diaz de Pisa y Alonso Velez de Guzman.

Trascurrió el tiempo, y nada se sabia del almirante.

Diego llegó á pensar si habria perecido, y estuvo

á punto de enviar en su busca una de las carabelas surtas en el puerto, cuando vieron á lo lejos algunas embarcaciones con rumbo hácia la isla.

Eran las tres embarcaciones que, cargadas de provisiones y con nuevos refuerzos, llevaba á la colonia Bartolomé Colon.

Grande fué la alegría de Diego al ver allí á su hermano.

Mientras que en el consejo informaba del estado de los asuntos de la colonia, el emisario de Fonseca habló con el padre Boil, y éste envió á su vez una persona de toda su confianza á Pedro Margarite.

Aquella misma noche llegó de incógnito el capitan del ejército á la morada del padre Boil, dióle este cuenta con mucha habilidad de los deseos del Obispo Fonseca, y añadió:

—La conducta que habeis observado indignará á Colon en cuanto llegue. Con el refuerzo que ha traído su hermano y con los soldados que le acompañan, podrá someteros á su obediencia por la fuerza, y ó tendreis que caer en su poder, yendo á España prisionero, ó daremos el triste espectáculo de luchar unos con otros, lo cual envalentonará á los indios y nos destruirán por completo. Es necesario que escapeis del peligro que os amenaza. Pero entre volver prisionero á España, ó volver libre y triunfante, y tener los medios de presentaros á los monarcas con el auxilio del obispo Fonseca para pintar la triste situacion de la colonia, vá una gran diferencia, y por mi parte, estoy resuelto á acompañaros en esta ex-

pedición, seguro de que os seguirán todos los descontentos.

La idea agradó en extremo á Margarite.

A partir de aquel momento se estableció una especie de sociedad secreta entre el padre Boil, Margarite y algunos de los nobles que tambien temian el castigo de Colon, Bernal Diaz que deseaba á toda costa volver á España y Alonso Velez de Guzman, que hallaba una ocasion de escapar de las manos de su esposa y de medrar, favorecido por los enemigos de Colon.

Convinieron entre todos apoderarse de los buques que habian llegado al mando de Bartolomé Colon y regresar á España.

La inesperada aparicion del almirante con sus carabelas les hizo acelerar este proyecto.

De acuerdo con los pilotos que debian servirles, aprovechando la confusion que se apoderó del ánimo de todos los colonos al ver al almirante enfermo de tanta gravedad, Margarite y los que estaban de acuerdo con él, abandonando el ejército, se reunieron con el padre Boil en la Isabela; á media noche se apoderaron de uno de los buques, y cuando al dia siguiente se apercibieron de su desaparicion, estaban en alta mar con rumbo á España, favorecidos por el viento que hinchaba las velas del navio.

Con la noticia de su fuga coincidió la de los excesos á que se habian entregado los soldados sin disciplina y sin jefe en la Vega Real.

Margarite y el padre Boil habian hecho correr el

rumor de que Colon habia muerto y de que muchos de los jefes se habian apoderado de los buques y corrian á España.

Los soldados de la Vega, formando bandas, se diseminaron, y sin freno de ningun género se entregaron al robo y al libertinaje de una manera inaudita.

Los pocos indios que quedaban comenzaron á vengar los ultrajes que recibian, privándoles de toda clase de alimentos.

Al mismo tiempo aprovechaban todas las ocasiones en que hallaban á dos ó tres españoles aislados para matarlos.

Habiéndose encontrado perdido en lo más intrincado del bosque un sargento español, fué reconocido por un indio, á quien pocos dias antes el sargento habia en su propia cabaña, violado á su esposa, sin respetar la hospitalidad que el indio le habia dado.

El indio juró vengarse y encontró la ocasion propicia al ver perdido en el bosque al sargento.

Emboscóse detrás de un corpulento cedro con dos hermanos suyos, y cuando el sargento, rendido de cansancio y muerto de sed y de fatiga, por no encontrar el camino del campamento donde estaban sus compañeros, se arrojó al suelo, esperando que alguno viniera en su socorro, ó que algun indio, conocedor del terreno le sacara de aquel mal paso en que se encontraba.

La fatiga y el cansancio de que se hallaba poseído le rindieron, y al poco tiempo se quedó profundamente dormido.

La ocasion era propicia. El vengativo indio se arrojó sobre él, y antes que pudiera el sargento hacer el menor movimiento en su defensa, un golpe dado con el hacha en la cabeza, lo dejó completamente sin sentido. El indio entonces, enarbolando segunda vez el hacha, separó su cabeza del cuello, ébrio de entusiasmo por la venganza que acababa de ejecutar, y cogiéndola de los cabellos, se la entregó á su hermano, diciéndole:

—Lleva esta cabeza á mi esposa; dila que está vengada y que la tribu, al ver este sangriento trofeo, comprenda que nuestros enemigos no son inmortales, que son hombres como nosotros, y que de hoy más no nos dejaremos avasallar por ellos, matándolos sin piedad vengando nuestras injurias.

Este hecho debia dar lugar á horrorosas y terribles represalias.

Acosados por el hambre y por los indios los individuos de aquel quebrantado ejército, fueron acercándose á la colonia, en tanto que los indios, animados por los triunfos que conseguian de los naturales, aumentaron sus hostilidades.

Uno de los caciques, jefe de una ciudad situada en las orillas del rio Yaqui, dió muerte á diez españoles que se alojaron en su poblacion, y con los suyos incendió una choza en que se habian guarecido cuarenta españoles enfermos.

Uno de los capitanes, Luis de Arriaga, que habia construido un fuerte, al que dió el nombre de Magdalena, acosado por los indios, tuvo que encer-

rarse en la fortaleza, y ni aun allí se vió seguro.

Ojeda participó tambien al consejo, por medio de un emisario que envió á la colonia, que Caonabo amenazaba el fuerte de Santo Tomás.

Tal era la situacion de las cosas cuando Colon, despertando de su letargo, tuvo la inmensa alegría de estrechar en sus brazos á su hermano Bartolomé, alegría que duró poco, porque fueron á comunicarle la desercion de Margarite, del padre Boil y de algunos otros colonos, y la actitud hostil de los indios mandados por Caonabo.